

BREVE HISTORIA DE LOS SAMURÁIS

Carol Gaskin
Vince Hawkins

Colección: Breve Historia (www.brevehistoria.com)
www.nowtilus.com

Título original: *The ways of the Samurai*

Autor: Carol Gaskin & Vince Hawkins

Traducción: Diana Villanueva para Grupo ROS

© de la presente edición: ©2008 Ediciones Nowtilus SL
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

Edición original en lengua inglesa:

© 1990 y 2003 por Byron Preiss Visual Publications.

©2003 Instructional Resources Corporation, de la ilustración de la portada y las de las páginas 29, 33, 39, 54, 76, 98, 108, 116.

© 2003 Vince Hawkins, de «Una vuelta a los usos de antaño», «La batalla de Nagashima», «Oda Nobunaga» y «Takeda Shingen».

«La cuarta batalla de Kawanakajima» © 2003 Sovereign Media y se usa con su permiso.

Editor: Santos Rodríguez

Responsable editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró

Diseño de interiores y maquetación: Grupo ROS

Primera edición: Noviembre 2004

Segunda edición: Julio 2005

Tercera edición: Marzo 2007

Cuarta edición: Marzo 2008

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 84-9763-140-4

Depósito legal:

EAN: 978-849763140-2

Printed in Spain

Imprime:

Índice

Prólogo. Samuráis, los guardianes del sol naciente de Juan Antonio Cebrián	ix
I. El primer samurái	1
II. El enfrentamiento entre los señores de la guerra	11
III. El cénit de los samuráis	23
IV. Historias del ronin	35
V. La vida diaria de un samurái	45
VI. Las costumbres del guerrero	55
VII. El arma secreta de los samuráis: los ninjas	63
VIII. El estudio de las artes marciales	71
IX. El legado samurái	77
Apéndice I. La cuarta batalla de Kawanakajima	81
Apéndice II. La batalla de Nagashino	101
Apéndice III. Una vuelta a los usos de antaño	113
Apéndice IV. Emperadores, regentes y sogunes de Japón ..	121
Glosario	131

Prólogo

Juan Antonio Cebrián presenta

Samuráis, los guardianes del sol naciente



Prólogo

Juan Antonio Cebrián presenta

Samuráis, los guardianes del sol naciente

Siempre admiré la condición y el alma de los antiguos guerreros medievales, hombres dispuestos a sacrificar sus vidas en la defensa de lo que ellos entendían como nobles ideales. Los caballeros europeos son sobradamente conocidos gracias a nuestra literatura más cercana, empero, los paladines de oriente, acaso por la distancia o por una ignorancia aceptada, han sido cubiertos por la bruma o por los fantasmas del recelo. Curiosamente, si nos ponemos a la tarea de comparar vida y obra de estos luchadores comprobaremos que, tanto los de aquí, como los de allí, no se diferencian en exceso en cuanto a determinadas pautas de comportamiento y pronto observaremos que hay pocas cosas que separen al Cid de un samurái Minamoto.

Según reza en las antiguas leyendas de la mitología japonesa, en el albor de los tiempos una bella diosa nipona contrajo tristeza de amor, de sus lagrimas brotaron islas que conformaron el archipiélago del sol naciente. Siglos más tarde, surgirían guardianes para proteger las costas y

territorios de una de las culturas más apasionantes de las que pueblan nuestro planeta.

Samurái, significa en japonés *servidor* y, eso es precisamente lo que esta casta guerrera e intelectual hizo durante su tiempo de hegemonía —servir a sus señores feudales—, esos mismos *daimio* que pugnaban por el control de un imperio cuya representación figurativa máxima es el crisantemo. Dicen que la vida de un samurái era bella y breve como la flor del ciruelo, por eso no es extraño que uno de sus lemas vitales fuera: «morir es sólo la puerta para una vida digna».

Estos magníficos caballeros mantuvieron una intensa vida militar entre los siglos XII y XVII. En ese periodo de luchas entre clanes, se les podía ver orgullosos a lomos de sus pequeños aunque resistentes caballos y fieles al ritual guerrero impuesto por el bushido, auténtico código de conducta para aquel que se formara en esta indomable casta. La liturgia del samurái antes de cada batalla sigue estremeciendo a todo aquel que se acerque a su historia. El poder contemplar a cualquiera de estos hombres en la preparación de un combate constituía un enorme espectáculo donde la intensidad y el honor lo invadían todo. Con sumo cuidado ceñían a su cuerpo majestuosas armaduras lacadas en negro en las que un sinfín de piezas ajustadas milimétricamente protegían a su dueño. La ceremonia se completaba cuando el samurái cogía sus armas personales en las que destacaba la katana, una infalible espada de 60 cm de largo elaborada con técnicas ancestrales sólo conocidas por escogidos maestros herreros, los cuales necesitaban tres meses para forjarlas. La tradición exigía que fuera la espada la que eligiera a su compañero, para

ello el guerrero se situaba ante un grupo expuesto por el forjador. La elección sólo dependía de las vibraciones comunes emitidas por la espada y el samurái. Una vez juntos no volverían a separarse jamás, entroncándose sus almas hasta el combate final.

Los samuráis ocupaban sus periodos de ocio en el perfeccionamiento del espíritu. Gustaban de la poesía y el teatro y se refugiaban con frecuencia en la creación de maravillosos jardines flotantes. Eran auténticos pensadores que engrandecieron Japón en diferentes ámbitos.

Su declive llegó cuando la paz y los tiempos modernos se instalaron en el país. En 1868 el 7% de la población japonesa se podía considerar samurái, es decir, dos millones de personas regentaban sus vidas basándose en el código bushido. Muchos, ante el temor popular que seguían infundiendo, se refugiaron en las ciudades convirtiéndose en artistas, comerciantes o profesores, otros, no tuvieron esa suerte quedando abandonados a la marginación o al alcoholismo.

En 1876 los samuráis se rebelaron ante el poder. Durante más de un año mantuvieron en jaque al gobierno con sus armas tradicionales. Sin embargo, el peso de la nueva tecnología bélica aplastó sus tradiciones y orgullo y más de 20.000 murieron acribillados por fusiles repetidores o ametralladoras de posición mientras realizaban sus últimas y gloriosas cargas de caballería. Fue la única manera que concibieron para morir de forma noble y justa con las enseñanzas recibidas, otros optaron por el seppuku o suicidio ritual, acabando sus días por su propia mano y no por la del enemigo.

En 1944 el espíritu samurái resurgió en forma de kamikazes que intentaban frenar el avance norteamericano

sobre sus islas. Como sabemos, todo fue inútil y aquel viento divino terminó por estrellarse contra el acero blindado de los buques aliados. No obstante, algo queda en la idiosincrasia nipona de aquellos bravos guerreros, lo vemos en su talante nacional, el mismo que ha impulsado a un imperio abatido por la guerra hacia los primeros puestos ocupados por las potencias que les vencieron.

En esta magnífica obra escrita por Carol Gaskin y Vince Hawkins, el lector viajará por los paisajes que acogieron a estos rotundos guerreros. Conocerá sus técnicas de combate, sus códigos de conducta y, sobre todo, el honor que impulsó sus vidas hasta las últimas consecuencias. Una historia apasionante que les invito a conocer dejándose llevar por la narración expuesta en estas vibrantes páginas. Estoy convencido que, tras la lectura de este libro imprescindible, nadie se verá empujado a realizarse el harakiri.

Juan Antonio Cebrián

I

El primer samurái

El campo estaba iluminado por antorchas que producían una luz fantasmal. Calmados, aunque alertas, los hombres esperaban que llegase el amanecer. Estaban preparados para la guerra, vestidos con los colores de la familia, envueltos por su armadura de metal atada con cordones de tonos brillantes y portando las armas al cinto. Sus estandartes ondeaban al viento, adornados con el emblema de su señor y líder. Los caballos permanecían quietos.

De repente, al despuntar el día, éstos cobraron vida. Los hombres se pusieron enseguida en movimiento. Y su líder, que lucía una magnífica armadura y sedas estampadas, se puso en pie. Su rostro quedaba escondido por una máscara de hierro que infundía terror y su casco llevaba los cuernos dorados de una luna creciente. Por un instante estuvo tan quieto como una estatua, escuchando y escudriñando el horizonte. Husmeó el aire y dirigió su mirada a los caballos. Entonces el gran señor de la guerra dejó salir un fiero grito de batalla. Los hombres se apresuraron para colocarse en sus posiciones.

A medida que el sol naciente bañaba el campo con un brillo levemente anaranjado, el enemigo se hizo visible de manera repentina: cientos de arqueros a caballo, gritando terribles gritos de guerra.

Los jinetes se encontraron cara a cara dispuestos en dos líneas de batalla que prorrumpían en un ruido atronador. Enseguida el aire sobre el campo de batalla estuvo cubierto de haces de flechas sibilantes. Heridos, los caballos caían al suelo, relinchando de dolor. Algunos guerreros intentaban extraer las flechas de sus miembros para continuar luchando hasta donde las fuerzas les permitiesen.

De repente, el campo de batalla enmudeció mientras una figura solitaria se adelantaba galopando. Su armadura llevaba la insignia del enemigo y su casco estaba decorado con grandes cuernos. Cabalgaba mientras gritaba su nombre y los nombres de su familia. «Ni mil hombres podrían conmigo. ¿Hay alguien que ose luchar contra mí?».

Respondiendo al desafío, el señor de la guerra adelantó su caballo. Los cuernos de su casco brillaban como el fuego en la mañana recién estrenada. «Mis antepasados valen cada uno *diez* mil hombres. ¡Nuestro honor es célebre a lo largo y ancho de toda esta tierra!».

Los dos guerreros cargaron el uno contra el otro a galope tendido, intentando que el adversario fuera el primero en retroceder. Ninguno de ellos podía permitir que lo llamaran cobarde. Llevados por el frenesí del momento sus caballos colisionaron violentamente y los combatientes cayeron al suelo.

En un instante, sacaron las espadas. El bruñido metal cortó el aire mientras los hombres se acechaban el uno al otro en una danza mortal. El roce de las afiladas hojas se

convertía en chispas. Al ver una posible entrada, el retador lanzó su espada al cuello de su contrincante. Éste se hizo rápidamente a un lado. «¡Eeeeeiiii!» gritó, blandiendo su espada delante de él. Lentamente, el guerrero del casco con cuernos se derrumbó cayendo al suelo herido de muerte. Agachándose sobre su enemigo, el guerrero de la luna creciente asestó un golpe final con su espada y con un grito de triunfo mostró a todos la cabeza de su enemigo.

Animados por la victoria, los hombres del jefe guerrero se lanzaron al ataque y sus enemigos se batieron rápidamente en retirada. La batalla había terminado. Los soldados estaban satisfechos. El general enemigo había sido un digno contrincante y había tenido una muerte honorable. ¿Pero quiénes eran estos fieros espadachines? ¿Según qué extrañas reglas luchaban?

Los guerreros eran samuráis, soldados profesionales que servían a los señores de la guerra rivales de Japón. Las historias de los samuráis y de su famoso código de honor han fascinado a generaciones.

Pero los primeros samuráis no eran conocidos por su destreza con la espada. Su camino era conocido como *El camino del arco y del caballo*.

EL CAMINO DEL ARCO Y DEL CABALLO

Japón es un grupo de hermosas islas llenas de montañas en el océano Pacífico, en la costa este de Asia. Está separada de Rusia, China y Corea por el Mar del Japón.

En tiempos remotos, Japón era gobernado por un emperador y su corte. El emperador era tratado como un dios y se creía que descendía de la diosa sol, *Amateratsu*.

Por debajo del emperador estaban los nobles y por debajo de los nobles había muchas categorías de samuráis. Más abajo estaban los campesinos que trabajaban las tierras de los nobles. En aquellos tiempos, cualquiera podía ascender para convertirse en un samurái. Pero en el Japón posterior sólo aquellos que hubieran nacido de padres samuráis podían ostentar el rango de samurái.

La palabra *samurái* significa «servir». Originalmente, los samuráis eran soldados que servían a la corte imperial y eran absolutamente leales al emperador. Pero también protegían a las familias de los nobles.

Desde los tiempos más remotos, el arroz ha sido el producto más importante de la isla. Aquél que poseyera los campos de arroz controlaba la riqueza del país. Hacia el siglo XII, muchos hombres poderosos poseían tierras y castillos lejos del palacio del emperador en Kyoto. Para protegerse de las bandas de ladrones, y de ellos mismos, los nobles empezaron a tener sus propios ejércitos de samuráis. Las armas preferidas eran el arco y la flecha y la lanza.

El guerrero samurái seguía un código de honor llamado *bushido*, «el Camino del Guerrero» y prometía lealtad completa a su señor. Un samurái que se distinguiese en la batalla podía recibir un lote de tierras como recompensa.

Con el apoyo de sus ejércitos samuráis, los nobles ganaban el control de vastos territorios. Estas nobles familias comenzaron a aliarse para formar clanes que acabarían siendo más poderosos que el mismo emperador. Los clanes, con frecuencia, mantenían disputas entre ellos.

Finalmente, estalló la guerra civil entre los dos clanes más poderosos: el Minamoto o Genji, y el Taira o Heike. Y Japón entró en la Edad de la Espada.

EL MAYOR TESORO DEL SAMURÁI: LA ESPADA

En las antiguas historias sobre el nacimiento de nuestro mundo, la primera espada siempre mencionada es un acero japonés llamado la *espada sagrada*. Esta poderosa arma fue forjada en la cola de una gigantesca serpiente de ocho cabezas, cuya parte inferior estaba escondida por nubes de humo negro.

La serpiente, que era tan alta como ocho montañas, gustaba de comer jóvenes doncellas. De manera que el héroe Susano-o, hijo del dios del fuego, se decidió a matar al monstruo. Engañó a la serpiente para emborracharla con *sake*, un vino de arroz muy fuerte. Una vez ebria la serpiente se quedó dormida y Susano-o la cortó en pedazos. Pero cuando llegó a la cola, la espada de Susano-o golpeó algo muy duro y se rompió en dos. Tanteando con sus manos en el interior de las oscuras nubes, descubrió la espada sagrada. Según la leyenda, la espada era uno de los tres tesoros que fueron entregados por los dioses al primer emperador de Japón para constituir las insignias reales o las joyas de la corona. (Un espejo de hierro y un collar fueron los otros dos). Así que la espada, un símbolo del poder divino del emperador, ha sido venerada por los japoneses desde los tiempos antiguos.

Tokugawa Ieyasu (1542-1616), uno de los jefes samuráis más importantes, llamó a la espada «el alma del samurái». En la época de Ieyasu sólo al samurái le estaba permitido llevar dos espadas. La más larga, la *katana*, era el arma principal en la batalla. La espada corta, la *wakizashi*, se usaba también en combate y, de ser preciso, en el suicidio ritual.

Para el orgulloso samurái, no había posesión más preciada que su espada. Se colocaba una espada en la habitación del samurái el mismo día de su nacimiento y también se depositaba una espada en su lecho de muerte al morir. A lo largo de su vida, el samurái acostumbraba a dormir con su espada cerca de su almohada y la llevaba consigo dondequiera que fuese.



La katana, la espada larga

Las espadas eran siempre tratadas con respeto. Cuando se visitaba a otro guerrero, el samurái podía colocar su katana en un armero especial cerca de la puerta o bien se le permitía a un criado llevársela sobre un paño de seda, pero siempre se quedaba con el wakizashi en su cinto.

Las espadas de los samuráis pasaban de generación en generación. Cualquier falta de respeto a la espada de un samurái era vista como un insulto hacia toda su familia.

Se consideraba una grave ofensa tocar de cualquier forma la espada de otro sin su permiso, una afrenta que podía resultar en un cruento duelo. Por este motivo, los samuráis tenían que tener cuidado para no rozarse entre sí al andar por la calle por ejemplo.

Los samuráis también creían que las mejores hojas de los mejores fabricantes de espadas tenían poderes espirituales en sí mismas. Las espadas que habían sido usadas en combate eran especialmente apreciadas. Pero los samuráis adinerados también buscaban nuevas espadas de espaderos famosos.

Aquellos que hacían las espadas eran reverenciados como artistas y hombres santos, y el taller de un forjador de espadas era considerado como un templo, donde se realizaba un trabajo sagrado. Un cartel típico a las afueras de un taller podía leerse como sigue: «Se pulen almas».

Se pensaba que la personalidad de un espadero pasaba a formar parte de sus obras. Así que antes de forjar una espada, un maestro forjador ayunaba para purificarse. Colgaba por su taller plegarias escritas en papel de arroz y se vestía con kimonos blancos, como un sacerdote, para trabajar en la forja encendida. Mientras trabajaba mantenía una concentración absoluta.

La espada de un samurái estaba hecha de hierro y acero, calentada en la forja y enfriada sucesivamente, o templada en una mezcla de aceite y agua. El acero era trabajado con el martillo, modelado una y otra vez hasta conseguir cuatro millones de láminas de metal. La hoja de la espada de un samurái era muy dura y extremadamente afilada, pero el cuerpo de la misma era más suave y flexible. Una vez acabada, la espada era guarnecida y se le añadía un

mango decorado. Tras lo cual la nueva espada podría ser puesta a prueba sobre el cuerpo de un criminal.

A la manera de un artista, un maestro hacedor de espadas solía firmar su trabajo. Pero el más famoso de todos los espaderos, Masamune (1264-1343), fabricó espadas tan peculiares que no necesitaba firmarlas. Masamune era tenido por un hombre profundamente religioso y se decía que sus espadas poseían un gran poder espiritual.

El principal rival de Masamune, Muramasa, fue también un hábil espadero. Pero Muramasa amaba la guerra.



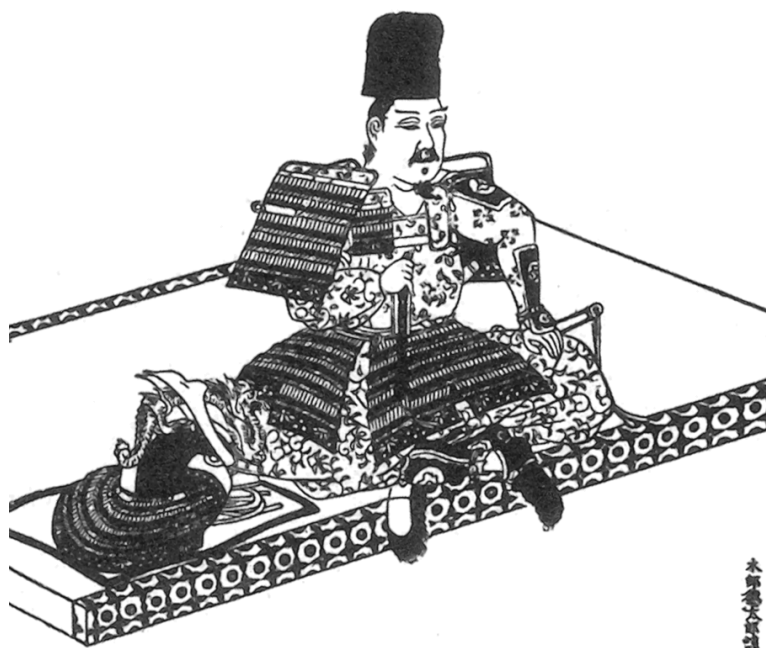
El taller de un espadero

Sus espadas eran tan fuertes que podía cortar un casco como si fuese un melón. Sus armas tenían sed de sangre. Se decía que los samuráis que poseían las malvadas espadas de Muramasa se volvían locos, incapaces de parar de matar, hasta que finalmente volvían las espadas contra sí mismos.

Según la leyenda, una manera de comprobar la diferencia de carácter entre las espadas de Masamune y las de Muramasa era poner una de cada, de pie, en una corriente de agua. Las hojas que flotaban en el agua evitarían la espada de Masamune, llegando de una pieza al otro lado. Sin embargo, se verían atrapadas sin remedio por la mortal espada de Muramasa y acabarían cortadas en dos.



Mujer Samurai del periodo Kamamura usando la Naginata



本朝第一の将

Minamoto Yoritomo, el primer sogún

II

El enfrentamiento entre los señores de la guerra

EL PRIMER SOGÚN

Las guerras Gempei entre los clanes Minamoto y Taira comenzaron en 1180 y duraron cinco años. Las historias sobre esta sangrienta guerra civil y sobre los héroes que tomaron parte en ella se han convertido en leyendas en Japón. Durante 800 años, los japoneses han referido una y otra vez estos sucesos en libros, obras de teatro y películas, de manera muy parecida a como los norteamericanos cuentan los episodios de la guerra de la independencia y del salvaje oeste.

Los hombres del clan Minamoto fueron los vencedores de las guerras Gempei. Su líder, Minamoto Yoritomo se convirtió en el primer *shogun* o sogún, o dictador militar, de Japón. A partir de ese momento y durante siglos, el emperador de Japón gobernó sólo nominalmente. El verdadero poder residía en el sogún.

Minamoto Yoritomo fue un gran hombre de estado pero un líder falto de carisma. Hoy en día, es el hermano

de Yoritomo, Minamoto Yoshitsune, quien es recordado como el perfecto guerrero samurái.

Una nota sobre los nombres japoneses: en Japón es costumbre que el apellido, o nombre de la familia, aparezca primero seguido del nombre propio. *Minamoto*, por ejemplo, es el apellido, como *González*, mientras que *Yoritomo* es el nombre propio. Con frecuencia, los nombres propios en una familia japonesa comienzan con el mismo sonido, como Yori o Yoghi. Un ejemplo comparable en castellano sería una familia de apellido *González* que llamase a sus hijos «González Juana», «González José» y «González Jaime».

ENFRENTAMIENTO ENTRE LOS SEÑORES DE LA GUERRA

El poder del emperador se había visto tremendamente debilitado con el ascenso de los clanes samuráis. Los dos más poderosos, el Minamoto y el Taira, habían sido rivales durante mucho tiempo. Los Minamoto eran conocidos por su labor poniendo fin a rebeliones en el norte y en el este, mientras que los Taira eran expertos en derrotar a los piratas que asolaban las rutas comerciales hacia China. Los Taira se hacían preceder de una bandera de color rojo. El color de la de los Minamoto era el blanco.

En 1160, el clan Minamoto atacó el Palacio Imperial en Kyoto. Fueron derrotados por Kiyomori, líder de los Taira, que tomó el control de la capital.

Kiyomori ordenó la ejecución del líder de los Minamoto, Yoshitomo, y de todos sus hijos. Yoshitomo fue ejecutado. Pero Kiyomori, impactado por la hermosura de la esposa de Yoshitomo, Tokiwa, accedió a dejar a sus hijos con vida si ella estaba dispuesta a convertirse en su concubina. De manera que el hijo mayor, Yoritomo, de catorce años, que había luchado junto a su padre, fue enviado a la provincia oriental de Izu para ser educado por los Taira. Mientras que el más joven, Yoshitsune, todavía un niño, fue enviado a un monasterio donde acabaría convirtiéndose en sacerdote.

Taira Kiyomori se arrepentiría más tarde. Ya que los jóvenes cuyas vidas había perdonado regresarían algún día para vengarse.

LAS HAZAÑAS DE YOSHITSUNE

A medida que se aproximaba a la edad adulta, Minamoto Yoritomo estudiaba política y estrategia militar bajo la mirada atenta de sus implacables enemigos, los Taira. La infancia de su hermano Yoshitsune, sin embargo, discurría de manera bastante diferente. De hecho, hoy en día, la vida de Yoshitsune ha pasado a ser parte historia, parte leyenda.

Siendo aún niño, Yoshitsune fue enviado a un remoto templo en el Monte Kurama. Se cuenta que a la edad de once años, al saber de su pasado, decidió derrotar a los Taira y secretamente inició el estudio de las artes marciales. La leyenda dice también que Yoshitsune se escapaba del monasterio al anochecer para ser instruido por Sojobo, rey de los *tengu*. Los *tengu*, pequeños duendes montaraces

que eran mitad pájaro mitad hombre, usaron la magia para enseñar al niño el arte de la espada, del arco y de la flecha, y otras disciplinas. Tan pronto como Yoshitsune asestaba un golpe con la espada, su maestro se desvanecía, para reaparecer al momento riéndose en lo alto de un árbol. El discípulo lanzaba una flecha, pero el tengu la hacía caer ayudado de un abanico de hierro. Un tengu aparecía delante de él, mientras que otro le atacaba desde detrás. Entrenándose noche tras noche, Yoshitsune se convirtió en un guerrero de extraordinaria intuición, velocidad y destreza.

Hay muchas historias sobre las aventuras de Yoshitsune tras su fuga de los monjes del Monte Kurama. La más popular es la historia de su encuentro con el gigante que se convertiría en su compañero para toda la vida: Benkei.

Benkei era un monje guerrero: un feroz luchador con la *naginata*, una lanza de hoja curva, el arma tradicional de los monjes japoneses. Poseía además unas dimensiones colosales. El pasatiempo de Benkei era coleccionar espadas. Cada día esperaba en el Puente Gojo a los guerreros que querían cruzar. Les invitaba a luchar y a «recoger» sus espadas. Tenía ya 999 y quería 1000.

Un día, Benkei avistó a un agraciado muchacho con una espada magnífica. El joven estaba sentado bajo un árbol al otro lado del puente, tocando tranquilamente la flauta. Benkei se sentía defraudado porque su espada número 1000 fuera a ser tan fácil de conseguir, algo así como quitarle sus caramelos a un niño. Pero quería acabar su colección.

«Dame tu espada», le ordenó Benkei. «Simplemente ponla en el suelo y márchate». Para su sorpresa, el joven le ignoró.

«Haz lo que te digo o tendré que aplastar tu cabeza», gruñó el gigante. Pero la dulce melodía de la flauta prosiguió.

Benkei empuñó su naginata y atacó, pero para su sorpresa, en vez de alcanzar al muchacho, la clavó en el árbol. El chico había saltado sobre la barandilla del puente, donde se mantenía tranquilamente en equilibrio.

Benkei golpeó otra vez y de nuevo el muchacho evitó su golpe. ¡Era como si le hubiese dado justo a la barandilla opuesta del puente! Más rápido cada vez y con más dureza, Benkei golpeó, pero de nuevo su espada sólo se enfrentó al aire. Pronto el gigante se sintió extenuado y se detuvo para tomar aliento. El joven, que no parecía en absoluto cansado, sacó un pequeño abanico de los pliegues de su ropa. Se abanicó por un instante, como aburrido por la pelea. Entonces, con un giro de muñeca dejó volar el abanico que golpeó al gigante directamente en la cabeza.

A partir de ese día, Benkei llamó al joven su señor. El muchacho por supuesto era Yoshitsune.

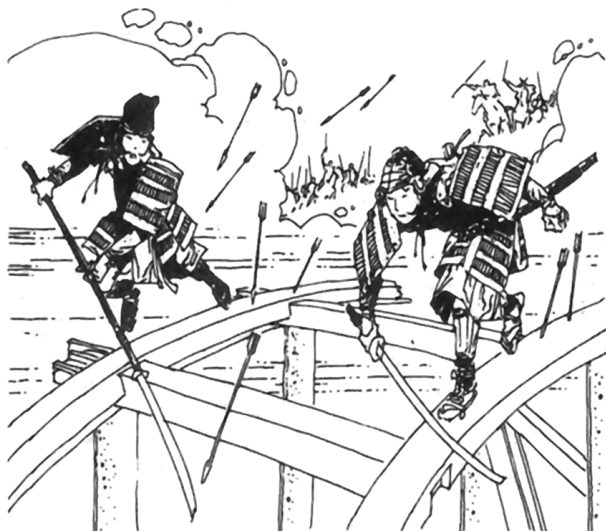
LAS GUERRAS GEMPEI

En 1180, el nieto de tres años de Kiyomori, Antoku, se convirtió en emperador, aunque Taira Kiyomori continuó gobernando Japón *de facto*. Apenas pensaba ya en los herederos de Minamoto a los que había expulsado veinte años

antes. De forma que le sorprendió mucho oír que los Minamoto estaban planeando un levantamiento contra el clan de los Taira.

El primer ataque fue un desastre para los Minamoto. Su reducida tropa estaba dirigida por un veterano soldado de 74 años de edad, Minamoto Yorimasa y compuesta por un grupo de monjes guerreros. Al ser descubiertos sus planes con antelación, las fuerzas de los Minamoto se vieron atrapadas en una ciudad llamada Uji, en la cuenca del río Uji, en el camino entre Kyoto y Nara. Perseguidos por los Taira y superados ampliamente en número, los Minamoto idearon un plan. Cruzaron el puente Uji y desmontaron 60 pies de tablas de madera. Al amanecer, envueltos en niebla, los samuráis Taira galoparon hasta el borde del río y alzaron su grito de guerra. Los Minamoto respondieron. Así que los jinetes Taira cruzaron en tropel por el puente y cayeron por el agujero a la veloz corriente del río.

El cielo sobre las aguas apareció pronto cubierto de flechas y muchos fueron los que libraron un bravo combate sobre el puente roto. Pero la suerte de los Minamoto no duró mucho. Cogiéndose de las manos, bajaron la cabeza frente a los arqueros de Minamoto, y así las fuerzas de los Taira lograron vadear el río y atacaron. Minamoto Yorimasa, herido y vencido, compuso un poema en el reverso de su abanico. Tras lo cual atravesándose el abdomen con su daga se suicidó a la manera tradicional o *seppuku*, ordenando antes que hundiesen su cabeza en el río para que sus enemigos no pudieran reclamarla. Durante siglos, Yorimasa fue recordado como un modelo de compostura y de nobleza en la derrota, la más noble de las muertes para un samurái.



La batalla sobre el Puente Uji

La guerra se recrudeció. Las fuerzas de Minamoto fueron diezmadas y los Taira parecían ir ganando. Pero Minamoto Yoritomo, ahora mayor de edad, siempre escapaba. En su lecho de muerte en 1181, Taira Kiyomori ordenó a sus hombres que no rezasen por él, sino que en su lugar se afanasen en traerle la cabeza de Yoritomo para colocarla sobre su tumba.

Yoritomo había instalado su cuartel general en Kamakura. Allí, se reunió con su hermano menor Yoshitsune. El poder de Yoritomo crecía y empezó a llamarse a sí mismo Señor Kamakura. Pero pronto encontraría que tenía un rival en su propia familia. Su primo Minamoto Yoshinaka estaba llevando a cabo grandes

incursiones contra los Taira. En 1183, los Taira huyeron de la capital, retirándose a su territorio en Honshu occidental y a las islas de Shikoku y Kyushu. Se llevaron consigo los emblemas imperiales —el espejo, el collar adornado de piedras preciosas, y la espada— al niño emperador Antoku, que no alcanzaba todavía los seis años de edad, y a la mayor parte de la familia real. Yoshinaka entró en Kyoto triunfante.

Pero Yoshinaka era un rudo soldado del campo y sus samuráis saquearon Kyoto. En 1184, Yoritomo envió a Yoshitsune para vencer a su primo. Yoshinaka levantó las láminas del Puente Uji con la esperanza de que el truco volviera a funcionar pero los hombres de Yoshitsune cruzaron el río siguiendo la corriente y tomaron la capital. Yoshinaka fue decapitado.

Una vez asegurado Kyoto, los Minamoto querían poner fin al clan de los Taira de una vez por todas. Yoshitsune lideró muchos combates brillantes, aplastando muchos asentamientos Taira e incendiando sus campamentos. Los Taira eran poderosos y controlaban las aguas del Mar Interior. Pero a medida que sus bajas aumentaban, algunos de los jefes samuráis marinos se unieron a los Minamoto.

DAN-NO-URA

En 1185, los Taira reunieron todos sus barcos en un estrecho entre las islas de Kyushu y Honshu, cerca del pueblo de Dan-no-ura. Debido a su mayor experiencia bélica en el mar, aprendida por llevar generaciones peleando contra piratas, los Taira estaban seguros de que aplastarían rápidamente los barcos de los Minamoto. Estaban tan seguros

de que la batalla sería tan corta que acabaría antes de que subiera la marea.

Al principio, los Taira parecían ir ganando. Un general Taira logró abrirse paso hasta el barco de Yoshitsune y estuvo a punto de capturar al héroe, pero Yoshitsune dio un extraordinario salto hasta un barco próximo y el general Taira encontró la muerte al caer al mar. La batalla continuó y la marea empezó a subir.

Al cambiar la marea, los barcos Taira se quedaron atrapados entre los barcos de los Minamoto y la orilla. De repente los Taira se vieron forzados a ir hacia la orilla. Yoshitsune ordenó a sus hombres que dirigieran sus flechas contra los timoneros en lugar de contra los arqueros de cubierta. Pronto las naves de los Taira estuvieron a la deriva, sin posibilidad de control. El mar estaba teñido del rojo de la sangre derramada. Finalmente, uno de los capitanes Taira arrió la bandera roja de los Taira y navegó para unirse a los Minamoto. El capitán reveló a Yoshitsune cuál era el barco que llevaba al niño emperador y las insignias reales.

Yoshitsune dirigió toda la fuerza de sus guerreros contra ese único barco.

Tomomori, el comandante Taira, sabía que estaba todo perdido. Informó al joven emperador de que el suicidio era la única respuesta honorable. La abuela del niño, la viuda de Kiyomori, tomó al emperador de ocho años en sus brazos, oraron juntos por última vez y saltó con él al mar revuelto.

La tragedia siguió. Los siguientes en saltar fueron otros miembros de la familia imperial y muchos samuráis Taira. Cuando una de las damas de la corte estaba a punto de

saltar, una flecha sujetó su falda al barco y soltó el cofre que portaba sobre la cubierta de la nave. Los guerreros de Minamoto rescataron el cofre. Dentro encontraron el espejo sagrado, una de las joyas reales. Más tarde los buceadores de Yoshitsune recuperaron también el collar del fondo del mar. Pero la legendaria espada sagrada se perdió para siempre.

El último en saltar fue Tomomori, el general Taira, que colocándose dos capas de una armadura muy pesada, siguió a sus hombres hacia el bravo oleaje.

Como jefe del clan Minamoto, Yoritomo se convirtió en el sogún de Japón. Pero durante años los marineros evitaron las costas de Dan-no-ura donde se decía que ejércitos de fantasmas acechaban desde el mar. Todavía se cuentan historias sobre los nobles Taira, o Heike, y se cree que los espíritus de los samuráis que fueron asesinados en Dan-no-ura viven en los cangrejos Heike que llevan el dibujo de rostros humanos en su concha.

Yoshitsune se reveló como un héroe y demostró gran lealtad a su hermano y a su clan. Pero Yoritomo era un político, no un general. Se sentía amenazado por la popularidad y la fuerza de Yoshitsune. Finalmente, los celos hacia su hermano menor fueron tan fuertes que ordenó que le matasen dándole caza como a un animal.

Yoshitsune escribió cartas a Yoritomo jurándole lealtad y suplicándole que le perdonase, pero no valió de nada. Se dice que escapó a los ejércitos y los espías de su hermano con su fiel Benkei, que se encontró con fantasmas y que tuvo innumerables aventuras. Pero finalmente fue atrapado por las fuerzas del sogún. Mientras Benkei resistía empuñando con destreza su naginata, Yoshitsune se retiró

para suicidarse en privado. El gigante quedó inmóvil y sólo cuando un samurái a caballo se atrevió a pasar cerca del fiero Benkei se dieron cuenta de que estaba muerto. El gigante simplemente se desplomó.

Yoritomo continuó gobernando solo. Pero algunos dicen que estaba atormentado por la manera en que había tratado a su hermano. En 1199 mientras desfilaba a caballo cayó al suelo repentinamente sin razón aparente. Según la leyenda murió de terror, porque el fantasma de Yoshitsune había aparecido ante él.



El castillo de Osaka construido en 1583 por Hideyoshi